

HERMANO JOSÉ MARCOS FIGUEROA: tinajero, jesuita y siervo de Dios (I) (nº 193)

En la ciudad argentina de Santa Fe, el hermano Figueroa sigue presente en el recuerdo y en la veneración 63 años después de su fallecimiento. Su sepulcro en la iglesia de La Inmaculada es lugar de oración silenciosa y de meditación. Allí resuenan en el fondo de los corazones las palabras de Jesús: "el que entre ustedes quiera llegar a ser grande sea el servidor y el que quiera ser primero sea el siervo de todos..."

Nacido en Tinajo en 1865

José Marcos nació en la localidad de Tinajo, en la isla de Lanzarote, el 7 de Octubre de 1865, festividad de Ntra. Sra. del Rosario, presagio de la espiritualidad mariana que le acompañará durante su vida. Sus padres, Nicolás Zoilo Figueroa Cabrera y Rafaela Umpiérrez Fernández, eran labradores pobres. Se habían casado el 3 de agosto de 1864 en la iglesia de San Roque. Según consta en la partida de matrimonio (Libro 2º, folio 49), Nicolás era hijo de José Figueroa y de Bibiana Cabrera. Los padres de Rafaela se llamaban Gregorio Umpiérrez e Isabel Fernández. El sacerdote asistente fue Don José Hernández y los padrinos testigos José Doreste y Gregoria Cabrera. José Marcos será el hijo primogénito del matrimonio. Fue bautizado en la parroquia de San Roque el día 9 de Octubre. En la partida (Libro 3º, folio 233 vto.), además de los nombres de los padres y de los abuelos, anteriormente mencionados, se señala que el padrino fue Don Juan Umpiérrez y el sacerdote celebrante Don Fortunato Pereira y Camacho. A José Marcos le siguieron dos niñas, a las que sus padres le pusieron de segundo nombre Dolores, prueba de que eran especialmente devotos de Nuestra Señora de los Dolores, Patrona de la isla de Lanzarote y cuyo santuario de Mancha Blanca se encuentra en el término de Tinajo.

1873: emigrantes en Uruguay

La década de los setenta fueron años de sequía y hambre en Lanzarote. En un pleno extraordinario del Ayuntamiento de Tinajo, de fecha 16 de octubre de 1871, se expuso y debatió la situación dramática por la que pasaba el pueblo: "...que no tan solo por efectos de la grave escasez de lluvias en el pasado invierno, así también por los malísimos tiempos..., se hallan los vecinos de este terruño llenos de consternación, próximos a sufrir una grande

miseria que no será posible combatirla el día no muy lejano que por desgracia se presentará..." Muchas familias emigraron a América en busca de trabajo y sustento. Don Nicolás y Doña Rafaela con sus hijos José Marcos, que tenía entonces ocho años, María de los Dolores, Isabel de los Dolores y el recién nacido Juan Secundino, partieron en 1873, desconociéndose las fechas exactas de su embarque y arribo. Lo cierto es que se establecieron en el pueblo de Santa Lucía, departamento de Canelones, en el interior de Uruguay, donde ya había una numerosa colonia de canarios. Don Nicolás arrendó tierras de labranza, que en aquella comarca eran fértiles. Su hijo mayor, José Marcos, le ayudaba en las tareas agrícolas. Él mismo revelará más tarde cómo había transcurrido su infancia y juventud: "He estado al lado de mis padres hasta la edad de 20 años. A la edad de ocho años vine con ellos a América, estableciéndome en el campo, perteneciente al pueblo de Santa Lucía del departamento de Canelones de la República Oriental de Uruguay. Estando allí con mis padres fuí a la escuela por cuatro meses. Durante todo lo demás del tiempo ayudé a mis padres en el oficio de labrador". No le quedaba otro remedio a José Marcos que trabajar con su padre porque la familia iba creciendo. Tuve ocasión de revisar los Libros de Bautismos de la parroquia de Santa Lucía y hallé cinco hermanos más: Casilda, nacida en 1878, Casiano, en 1881, Leoncio, en 1883, Ramona, en 1886, y Gregoria María (Goya), en 1889. Isabel, la hermana mayor, al ser entrevistada a los 88 años de edad para la causa del siervo de Dios, habla de cuatro varones y seis mujeres, tres con otros nombres: Brígida, Carmelita y Atanasia. Hemos de suponer, por tanto, que Casilda y Ramona tenían nombre compuesto o lo modificaron familiarmente. Isabel declaró, entre otras virtudes de su hermano José Marcos, este hermoso testimonio: "Bastante bien me hizo que me enseñó a leer. Si salíamos de noche a alguna fiesta, antes nos hacía rezar el Rosario."

Recordemos que en 1878 había sido nombrado primer obispo de Montevideo don Jacinto Vera Durán, de origen tinajero y siervo de Dios. Sus padres habían emigrado a Uruguay en 1812. Es probable que el adolescente José Marcos conociera al obispo Vera en alguna de sus visitas pastorales y que fuese confirmado por él.

Ingreso en la Compañía de Jesús: 1886

El joven José Marcos cuenta con asombrosa naturalidad y sencillez la llamada de Dios a la vida religiosa y su pronta respuesta: "Finalmente, deseoso de mejor vida aspiré a entrar en la Compañía de Jesús, en la que fui recibido por el Rdo. P. M. Rovira superior de la misión Chiloparaguaya. Estuve como postulante en el Seminario de Montevideo desde que me separé de mis padres para este efecto y fue el 30 de enero de 1886." Esta anotación de la fecha exacta de su despedida e ingreso en la Compañía, recuerda a lo narrado por el evangelista Juan acerca de su encuentro y el de su amigo Andrés con Jesús: "Fueron y vieron dónde moraba, y permanecieron con Él aquel día. Era como la hora décima."

HERMANO JOSÉ MARCOS FIGUEROA S.I. (II)

(n° 194)

Portero del colegio de la Inmaculada

En el número anterior hablamos del origen canario de José Marcos Figueroa, nacido en Tinajo, de la emigración de su familia a Uruguay y de su ingreso en la Compañía de Jesús. José Marcos hizo el noviciado en la ciudad de Córdoba (Argentina). Lo inició el 15 de agosto de 1886. Tenía entonces 21 años de edad y la madurez suficiente para discernir su vocación.

Durante el noviciado tuvo una experiencia que le marcó para siempre: contrajo la enfermedad de la viruela con tal virulencia que estuvo a punto de acabar con su vida. Pero la Providencia le tenía destinado a una larga vida de santidad y se curó. No así el hermano Rojas, que le había atendido y cuidado con cariño y heroicidad. Contagiado, falleció a los pocos días. El hermano Figueroa vio en ello una señal de Dios: si el hermano Rojas había dado la vida por él, estaba obligado a vivir santamente sirviendo a los demás.

Destinado al colegio de Santa Fe

La ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz (Argentina) se encuentra en uno de los márgenes del Río Paraná, cerca de la ciudad del mismo nombre.

Al colegio de la Inmaculada de los jesuitas fue destinado el Hermano José Marcos para que terminase el noviciado, profesase (1888) y se ejercitase en los oficios de la comunidad y colegio. Fue enfermero segundo y comprador. Luego ayudante del anciano hermano portero Laurindo da Silva. De éste aprendió “el arte de ser portero”, oficio que ejerció durante 53 años, hasta su muerte.

Un amargo homenaje

El colegio de la Inmaculada y la ciudad de Santa Fe se propusieron organizar una gran fiesta de homenaje al Hermano Figueroa con motivo de cumplirse las bodas de oro de su llegada. Los actos se programaron para el 15 de agosto de 1936. Ese día estaban todos los invitados: arzobispo, religiosos, sacerdotes, autoridades, periodistas, padres, alumnos... todos menos el homenajeado. El Hermano Figueroa se había encerrado en su habitación pues no se consideraba merecedor de ningún homenaje. Lo suyo había sido el servicio humilde por amor a Dios y no entendía nada de todo aquello. El padre Superior fue a buscarlo y le obligó a bajar por obediencia. Se le entregó un pergamino con numerosas firmas, en el que se leía el siguiente texto: “Afable, modesto y celoso portero del colegio de la Inmaculada Concepción, en sus bodas de oro, la Sociedad Condiscípulos de Santa Fe, dedica este obsequio con las generaciones de alumnos que ha visto desfilar desde 1888 y le recuerdan con cariño.” Al regresar a su habitación tachó con tinta negra aquellas elogiosas frases, dejando sólo las firmas. Comenta su biógrafo, el padre Alejandro Gauffín, que “lo que parecía importar al Hermano eran los nombres de aquellos que le habían acompañado en esa celebración; todos estaban intactos.”

Los conocía a todos por su nombre

El hermano Figueroa se santificó en las cosas ordinarias y cotidianas: abrir las puertas del colegio a las seis de la mañana y cerrarlas a las ocho de la tarde, contestar a las llamadas incesantes de los teléfonos, recibir a las personas que se acercaban al colegio por diferentes motivos, avisar con la campana a los diferentes actos de la comunidad y del colegio, llamar a los padres jesuitas cuando eran requeridos, principalmente para administrar la Extremaunción, atender la librería, llevar el registro de las anotaciones del Observatorio Meteorológico del colegio, enviar a la lavandería la ropa de los alumnos internos, etc., todo ello sin dejar la oración

y la lectura. Pero, sobre todo, nos llama especialmente la atención el conocimiento personal de cada uno de los alumnos. Dice el Padre Gauffin: “Este hombre de Dios conocía a los alumnos por sus nombres y por sus rostros.”

La muerte del Siervo de Dios

La crónica del colegio recoge así la noticia: “19 de noviembre (1942). A las 20 horas dio su alma al Señor el edificantísimo Hermano José Figueroa, a efecto de un ataque cardíaco. Andaba hace días muy decaído y tan falto de fuerzas que su inesperada muerte no sorprendió...Había recibido todos los Sacramentos”. Desde ese mismo día los que le habían conocido empezaron a llamarle “santo”. Enterrado primeramente en el cementerio del Piquete, en 1952 el cuerpo incorrupto del Hermano Figueroa fue trasladado a la iglesia de Los Milagros, a donde acuden muchas personas a pedir su intercesión. En 1994 finalizó el proceso diocesano de la causa de canonización y actualmente sigue el proceso apostólico en Roma, a la espera “de gracias y milagros que confirmen su proximidad con Dios y con los hombres.”

Abril y mayo de 2006.